

La Iglesia católica ante el mundo de Internet

Fernando Pascual

Profesor de filosofía del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

Introducción

ABORDAR EL TEMA DE INTERNET es como hablar de un complejo sistema de carreteras y autopistas que deja abiertas un número casi interminable de rutas y de posibilidades de movimiento, de encuentros, de relaciones, de información, de consumo. Uno puede entrar o no entrar en ese sistema, ir más de prisa o más despacio, actuar de modo correcto o de modo peligroso, avanzar hacia una meta con fines buenos o superar las distancias para cometer un delito. Incluso uno puede simplemente “quedarse” en el sistema por largo periodos de tiempo para dialogar con otros, sin ulteriores objetivos.

Internet es un mundo abierto, lleno de potencialidades, en donde millones de personas vuelcan sus intereses y sus ideas, actúan y reaccionan, hablan y escuchan, ven y escriben. En ese mundo multifacético la Iglesia descubre ante sí un horizonte inmenso de posibilidades, unas sumamente valiosas, otras no carentes de peligros, algunas claramente dañinas.

Ante los horizontes que surgen con Internet podemos plantearnos diversas preguntas en el marco de la vida propia de la Iglesia. Entre otras: ¿cómo pueden los católicos comprender un poco mejor esta herramienta en sus muchas aplicaciones buenas? ¿De qué manera habría que participar en los espacios disponibles para la información activa y para el diálogo entre las personas? ¿Qué peligros acechan a los creyentes que “navegan” en el amplio océano cibernético?

No resulta fácil ofrecer respuestas completas a estas preguntas o a otras muchas que surgen a la hora de analizar el mundo de Internet. Estas líneas pretenden ofrecer una serie de reflexiones (no exhaustivas) desde varios documentos de la Iglesia que permiten una mejor comprensión del fenómeno de la “Web” mundial. Además, buscan articular algunos criterios para el correcto uso de los medios de comunicación social en general y, más en concreto, sobre la manera adecuada de trabajar en Internet.

1. Desde Cristo y en la Iglesia: evangelizar

Comprender desde la fe católica el correcto sentido y uso de los medios de comunicación social es posible sólo desde una reflexión sobre los modos con los cuales Dios ha buscado intervenir en la historia humana.

Notamos, como punto de partida, que después del pecado de nuestros primeros padres Dios se revela, habla, de muchas maneras, sin imposiciones, con el deseo de que los hombres puedan aceptarlo y alcanzar así el don de la salvación.

La Revelación de Dios se hace a través de muchos caminos, que han quedado recogidos en la Sagrada Escritura y en la Tradición. En esos caminos destaca la colaboración de hombres y mujeres concretos, que tienen un papel importante en los planes divinos al acoger y al transmitir lo que reciben de Dios.

El esfuerzo salvador de Dios llega a su plenitud con la Encarnación del Hijo, Jesucristo, que es el “perfecto comunicador”, el modelo que nos enseña cómo dialogar¹. Al anunciar el Evangelio, Jesucristo usa una variada metodología. A veces habla de modo personal (como en el caso de Nicodemo), o dirige su palabra a grupos pequeños. En otras ocasiones manifiesta su mensaje ante grandes multitudes. Los estilos escogidos por el Maestro cambian según las circunstancias, según los contenidos que transmite y según las actitudes que encuentra entre sus oyentes.

La Iglesia, fundada por Cristo, asume plenamente la misión evangelizadora que recibe de su Fundador y busca llevarla a cabo tras las huellas del Maestro. Para ello pone en marcha diversas modalidades comunicativas, también a través del uso de los medios de comunicación social. En este sentido, podemos recordar lo que explicaba el decreto *Inter mirifica* del Concilio Vaticano II:

La Iglesia católica, fundada por Cristo el Señor para llevar la salvación a todos los hombres y, en consecuencia, urgida por la necesidad de evangelizar, considera que forma parte de su misión predicar el mensaje de salva-

¹ La idea de Cristo como modelo de comunicación aparece en distintos documentos de la Iglesia. Podemos mencionar, entre otros, los siguientes textos: PONTIFICIA COMISIÓN PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES, *Communio et progressio* (1971), nn. 11, 126; PONTIFICIO CONSEJO PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES, *Ética en las comunicaciones sociales* (2000), n. 32; ID., *Iglesia e Internet* (2002), n. 12; JUAN PABLO II, *El rápido desarrollo* (2005), nn. 5, 13. Los documentos usados aparecerán con sus datos esenciales cuando sean citados por primera vez, y en las citaciones sucesivas sólo con el título. Los textos en castellano han sido tomados de la página de Internet del Vaticano (www.vatican.va).

ción, con la ayuda, también, de los medios de comunicación social, y enseñar a los hombres su recto uso².

Por esta razón, la Iglesia ha pedido en diversas ocasiones a los bautizados (especialmente a los seglares) superar el miedo a las nuevas tecnologías y lanzarse a un uso adecuado de las mismas para promover la evangelización, pues existe incluso un deber de emplearlas, también en lo que se refiere a Internet³. De este modo, la Iglesia actúa como sal que da sabor y como luz que ilumina al mundo⁴.

Participar y ofrecer contenidos en los medios de comunicación exige situarse en una correcta actitud eclesial. En ese sentido, se pide a los pastores que vigilen “para que ni los escritos ni la utilización de los medios de comunicación social dañen la fe y las costumbres de los fieles cristianos”, por lo que estos han de someter al juicio de los pastores “los escritos que vayan a publicar y tengan relación con la fe o las costumbres”⁵, lo cual vale también para el mundo de Internet. Uno de los motivos para mantenerse en una relación estrecha con la jerarquía es ofrecido por la instrucción *Communio et progressio* con estas palabras:

El público ve, en los directores y responsables de estos programas religiosos, sean laicos o eclesiásticos, a verdaderos enviados e intérpretes de la Iglesia. Por ello, los que intervienen en estas transmisiones deben tener pleno conocimiento de esta dificultad y riesgo de confusión para procurar evitarla por todos los medios. Sean conscientes de la importancia de su misión al exponer su pensamiento, en sus formas de expresión y en su modo de proceder. Conviene que consulten a las correspondientes autoridades eclesiásticas cuantas veces sea oportuno⁶.

Desde la estrecha vinculación con los pastores, los católicos pueden lanzarse en el nuevo areópago de Internet, superando el miedo a las nuevas

² CONCILIO VATICANO II, *Inter mirifica* (1963), n. 3. Cf. también *Communio et progressio*, n. 4; PONTIFICIO CONSEJO PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES, *Aetatis novae* (1992), nn. 8-9; JUAN PABLO II, *Mensaje para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales* 2001.

³ Cf. por ejemplo *Inter mirifica*, nn. 3, 13; *Código de Derecho Canónico* (1983), cánones 747, 761, 822; *Aetatis novae*, nn. 17, 20; *El rápido desarrollo*, nn. 2, 14; JUAN PABLO II, *Mensaje para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales* 2002.

⁴ Cf. *Inter mirifica*, n. 24.

⁵ *Código de Derecho Canónico*, canon 823,1; cf. también el canon 824 y la *Instrucción sobre algunos aspectos relativos al uso de los instrumentos de comunicación social en la promoción de la doctrina de la fe* publicada por la Congregación para la Doctrina de la Fe en 1992.

⁶ *Communio et progressio*, n. 154.

tecnologías. En un documento publicado en el año 2002 por el Pontificio Consejo para las comunicaciones sociales podemos leer lo siguiente:

Es importante, además, que la gente en todos los sectores de la Iglesia use Internet de modo creativo para asumir sus responsabilidades y realizar la obra de la Iglesia. No es aceptable quedarse atrás tímidamente por miedo a la tecnología o por cualquier otra razón, considerando las numerosas posibilidades positivas que ofrece Internet⁷.

El trabajo de los católicos en Internet resulta vital para que en un mundo lleno de imágenes y de informaciones de todo tipo también aparezca “el rostro de Cristo” y pueda “oírse su voz, porque ‘si no hay lugar para Cristo, tampoco hay lugar para el hombre’”⁸.

En resumen, una dimensión esencial de la condición cristiana lleva a los bautizados a hacerse presentes en el mundo de las comunicaciones sociales y, en concreto, en Internet. Para ello, hace falta conocer adecuadamente tanto los medios de comunicación social como los agentes y los destinatarios de los mismos, lo cual es el centro de atención del siguiente apartado.

2. Conocer los medios, sus agentes y sus destinatarios

Comunicar algo tan rico y tan importante como es el mensaje de Cristo resulta posible desde un buen conocimiento del ser humano, que es quien genera y quien “consume” las informaciones disponibles. ¿Qué es el hombre? Una creatura, amada por Dios, herida por el pecado, invitada a acoger la Redención, que avanza y retrocede por los caminos del diálogo y de la mutua comprensión⁹. El estudio del hombre, desde una mirada creyente, se convierte en un paso imprescindible antes y durante el trabajo en cualquier medio de comunicación.

Al mismo tiempo, hace falta un estudio bien llevado sobre los canales o instrumentos que se usarán para comunicar el mensaje (en concreto, los distintos ámbitos, sumamente variables y ricos, que se dan en Internet). Ya el Concilio Vaticano II pedía a los sacerdotes, religiosos y seglares que se formaran y poseyeran la suficiente pericia en el uso de los medios de comunicación social para los fines del apostolado¹⁰. Si esos medios evoluciono-

⁷ *Iglesia e Internet*, n. 10.

⁸ BENEDICTO XVI, exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (2010), n. 113.

⁹ Cf. *El rápido desarrollo*, n. 4.

¹⁰ Cf. *Inter mirifica*, n. 15.

nan continuamente, se exige una tarea de continua actualización para poder estar al día sobre los mismos¹¹ y para comprender aquellas características que se acentúan conforme la tecnología lo permite: la rapidez en el flujo de las informaciones y la facilidad de acceso a las mismas¹².

Los medios de comunicación afectan de diversas maneras a los católicos. De un modo sintético, la Iglesia identifica tres formas de influjo:

Así pues, los medios de comunicación social afectan a los católicos de tres formas: ayudan a la Iglesia a manifestarse al mundo; establecen el diálogo dentro de ella misma; y finalmente, la ponen al tanto de la mente del hombre actual, al que tiene, por mandato de Dios, que transmitir el mensaje de salvación, con un lenguaje que ellos puedan entender, y a partir de los interrogantes que les preocupan y angustian¹³.

Además de lo anterior, hay que evidenciar una serie de beneficios de orden espiritual que pueden conseguirse desde los medios de comunicación. Por ejemplo, ver o escuchar ceremonias religiosas (lo cual ayuda a aumentar el sentido de pertenencia a la Iglesia); dar a conocer la doctrina católica y complementar los métodos de enseñanza de la catequesis; examinar hechos del mundo para profundizar en la propia fe y en las maneras en las que esa fe puede aplicarse a la vida concreta¹⁴.

Lo que acabamos de decir vale especialmente para Internet, que no se limita a ser un ámbito abierto para la información sino que tiene potencialidades enormes para establecer relaciones entre las personas, para promover la formación, para “asistir” a eventos religiosos desde cualquier parte del mundo, para ofrecer las propias riquezas a los demás. En el documento *Iglesia e Internet* podemos leer lo siguiente:

Dado que anunciar la buena nueva a la gente formada por una cultura de los medios de comunicación requiere considerar atentamente las características especiales de los medios mismos, la Iglesia necesita ahora comprender Internet. Esto es preciso para comunicarse eficazmente con la gente, de manera especial con los jóvenes, que están sumergidos en la experiencia de esta nueva tecnología, y también para usarla bien¹⁵.

¹¹ Cf. *Communio et progressio*, nn. 110-111, 183-184.

¹² Cf. *Communio et progressio*, n. 21. Estas características (rapidez, facilidad) explican en buena parte la amplia difusión de Internet en muchos países y entre personas de culturas diferentes.

¹³ *Communio et progressio*, n. 125.

¹⁴ Cf. *Communio et progressio*, nn. 128-129, 150-157.

¹⁵ *Iglesia e Internet*, n. 5.

El conocimiento de las personas y el conocimiento de los medios permite establecer estrategias y actuaciones adaptadas, en la medida de lo posible, tanto a los que participan (como agentes o como destinatarios) y a los medios usados. Como recuerda *Communio et progressio*, “es distinto el lenguaje del púlpito y el de los medios de comunicación”¹⁶, y la diferencia de lenguaje se explica por la diferencia entre los medios usados.

Si miramos específicamente a Internet, salta a la vista una característica relevante: la apertura a un número casi ilimitado de relaciones. Podríamos decir, tomando una idea de Benedicto XVI, que Internet es como un inmenso “patio de los gentiles”. En el mismo las personas pueden encontrarse con suma facilidad, y también resulta posible un cierto encuentro con Dios, sobre todo para aquellos que no lo conocen en absoluto o tienen una idea muy vaga sobre Él.

Así, una pastoral en el mundo digital está llamada a tener en cuenta también a quienes no creen y desconfían, pero que llevan en el corazón los deseos de absoluto y de verdades perennes, pues esos medios permiten entrar en contacto con creyentes de cualquier religión, con no creyentes y con personas de todas las culturas. Así como el profeta Isaías llegó a imaginar una casa de oración para todos los pueblos (cf. *Is* 56,7), quizá sea posible imaginar que podamos abrir en la red un espacio -como el “patio de los gentiles” del Templo de Jerusalén- también a aquéllos para quienes Dios sigue siendo un desconocido¹⁷.

Las ventajas y potencialidades de los medios de comunicación social, con su desarrollo casi vertiginoso¹⁸, y, en modo específico, de Internet, no deben hacernos olvidar la necesidad de ir más allá de los mismos y de conseguir el encuentro personal. Así lo explica la instrucción pastoral *Aetatis novae*:

Los medios de comunicación no pueden reemplazar el contacto personal inmediato ni tampoco las relaciones entre los miembros de una familia o entre amigos. Sin embargo, sí que pueden contribuir a la solución de esta

¹⁶ *Communio et progressio*, n. 128.

¹⁷ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales* 2010.

¹⁸ Ya en 1971 la Iglesia había señalado el rápido desarrollo que se estaba produciendo en los medios de comunicación y las posibilidades futuras: “Los rápidos progresos técnicos, y especialmente el uso de los satélites artificiales y la posibilidad de grabar y repetir las emisiones ya difundidas, han liberado a estos medios de comunicación de límites de lugar y tiempo. Y todo hace esperar que en el futuro habrá medios aún más asombrosos y poderosos” (*Communio et progressio*, n. 148).

dificultad -mediante grupos de discusión, debates sobre las películas o las emisiones- estimulando la comunicación interpersonal, en vez de reemplazarla¹⁹.

3. Internet: posibilidades y riesgos

Con las reflexiones anteriores, que no son exhaustivas ni completas, tenemos algunos puntos de referencia desde los que podemos analizar ahora algunos textos de la Iglesia que ofrecen juicios de valor sobre las posibilidades y sobre los riesgos que caracterizan la Red mundial. Vamos a verlos de un modo sintético.

Aspectos positivos y posibilidades

Es importante subrayar nuevamente que la Iglesia considera a los medios de comunicación y a Internet como medios valiosos para establecer relaciones y para poder transmitir la doctrina católica. Podría decirse que son un nuevo areópago, o, en una fórmula atrevida usada por Juan Pablo II, el “primer areópago”²⁰, en el que existen grandes oportunidades para la evangelización²¹.

Los creyentes que navegan y viven de modo habitual en Internet saben que en este amplio océano de informaciones hay estudios sobre la Biblia, bibliotecas digitales con buena información católica, textos y documentos de los Padres de la Iglesia, un gran número (por desgracia, no siempre en traducciones de calidad) de documentos eclesiales de todos los siglos, instrumentos de trabajo para la catequesis, material sobre liturgia y música sagrada, obras de espiritualidad de gran valor, trabajos sobre historia, noticias eclesiales de muchos lugares del planeta, ayudas en línea y consultorios católicos...

La enumeración es incompleta, pero da una idea de las enormes riquezas que se encuentran en Internet, gracias a tantas personas (que van des-

¹⁹ *Aetatis novae*, n. 7. La idea ya había sido expresada en 1975 por Pablo VI, precisamente al hablar de los medios de comunicación social: “Sin embargo, el empleo de los medios de comunicación social en la evangelización supone casi un desafío: el mensaje evangélico deberá, sí, llegar, a través de ellos, a las muchedumbres, pero con capacidad para penetrar en las conciencias, para posarse en el corazón de cada hombre en particular, con todo lo que éste tiene de singular y personal, y con capacidad para suscitar en favor suyo una adhesión y un compromiso verdaderamente personal” (PABLO VI, exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975), n. 45).

²⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Redemptoris missio* (1990), n. 37; *El rápido desarrollo*, n. 3.

²¹ Cf. *Iglesia e Internet*, n. 4.

de quienes trabajan en el Vaticano hasta quienes publican material en parroquias o como bautizados en sus hogares) que han tomado en serio la tarea de hacer presente la fe en el mundo digital.

Hay un aspecto que tiene su relevancia. Lo que en el ámbito “tradicional” de las publicaciones en papel, en la radio o en la televisión, implicaba altos costos y serias dificultades para realidades eclesiales pequeñas o dotadas de pocos medios humanos y económicos (para muchos era un sueño tener un boletín parroquial, editar una revista, preparar y difundir programas de radio o de televisión a nivel diocesano o nacional), resulta ahora asequible a muchos (por desgracia, todavía no a todos), hasta el punto de que son cada vez más los individuos, las asociaciones, las parroquias o las diócesis que pueden crear su propia página en Internet.

Además de la información y material didáctico (algo que caracteriza lo que ha sido llamado Red 1.0 o Web 1.0), Internet permite crecientes posibilidades de interactuar y de establecer grupos de contacto o redes sociales (lo que es conocido como Red 2.0 o Web 2.0)²², lo cual tiene un valor relevante para los católicos.

Por ejemplo, Internet permite establecer relaciones ágiles y articuladas entre católicos de una misma parroquia, de un movimiento o comunidad eclesial, o de diferentes lugares del planeta. Facilita, además, la intercomunicación en la Iglesia a todos los niveles (desde el Obispo de Roma hacia todos los bautizados, entre obispos, entre obispos y sacerdotes, entre religiosos, entre pastores y fieles, entre fieles...) ²³. Pueden también crearse sistemas de intercambio de información, modos concretos para elaborar pla-

²² Según una clasificación bastante difundida que intenta describir el desarrollo de Internet, la Red digital habría pasado de una primera etapa más bien estática y poco interactiva (páginas que ofrecen datos, informaciones, música, imágenes, películas, etc.), que es conocida como Red 1.0, a una etapa en la que se da un especial énfasis a la posibilidad de simultanear el papel de “espectador” y el papel de “creador” o de comentarista, lo cual es denominado como Red 2.0. Hay quienes hablan ya de Red 3.0, según los desarrollos tecnológicos más recientes, pero todavía no hay una idea clara de qué se quiere expresar con esa expresión. Es importante precisar que en el Internet de hoy conviven páginas de la primera etapa (1.0) con páginas de la segunda (2.0), o en una misma página coexisten las dos modalidades de estar presentes en la Red.

²³ Bastaría con evocar la facilidad de acceso a documentos y discursos del Papa y de la curia romana desde la creación de la página www.vatican.va, así como las amplias potencialidades de información y de comunicación gracias a las páginas de las conferencias episcopales o de numerosas diócesis de la Iglesia.

nes o para compartir programas que permitan informatizar los archivos parroquiales o diocesanos, etc.²⁴.

Algunos riesgos y situaciones problemáticas

Junto a lo mucho bueno, Internet no carece de elementos que merecen una atención crítica. Existen, además, peligros, que pueden llevar a un mal uso de este nuevo espacio comunicativo, como ya ocurría (y sigue ocurriendo) con los *mass media* tradicionales²⁵. En cierto sentido, al aumentar el poder de los medios, especialmente con la facilidad y rapidez de acceso que ofrece Internet, los peligros se hacen más tangibles y aumenta así su potencial dañino.

Uno de esos peligros se produce al fomentar en los “consumidores” una vida de sentidos que llega a ofuscar el uso de la razón²⁶. Otro radica en la creación de modos de pensar y de ver la realidad distorsionados o incompletos. Podemos leer en *Aetatis novae* lo siguiente:

Los medios de comunicación tienen la capacidad de pesar no sólo sobre los modos de pensar, sino también sobre los contenidos del pensamiento. Para muchas personas la realidad corresponde a lo que los medios de comunicación definen como tal; lo que los medios de comunicación no reconocen explícitamente parece insignificante²⁷.

Un tema de siempre, que incide hondamente en el mundo digital, consiste en las prisas. Hay periodistas (o autores de blogs o de páginas de Internet) que buscan conquistar el “primado”, adelantarse a los demás a la hora de ofrecer un dato o una noticia, y olvidan que una buena información requiere contrastar los datos, hablar con personas competentes, etc. Al respecto, podemos recordar lo que se afirmaba en *Communio et progressio*:

Como los medios de comunicación, por su misma naturaleza, exigen noticias y comentarios repentinos, ocurre muchas veces que los periodistas más superficiales e ineptos ganan la delantera, siendo además los que encuentran mayores oportunidades de trabajo²⁸.

²⁴ Cf. *Iglesia e Internet*, nn. 5-6.

²⁵ Ya en *Inter mirifica* (n. 2) se avisaba del peligro de un mal uso de los medios de comunicación. La idea se aplica a Internet en PONTIFICIO CONSEJO PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES, *Ética en Internet* (2002), n. 2.

²⁶ Cf. *Communio et progressio*, n. 21.

²⁷ *Aetatis novae*, n. 4.

²⁸ *Communio et progressio*, n. 38. El número apenas citado sigue con una propuesta para superar este peligro: “Los auténticos profesionales deben cuidar que esto no ocurra. En

En relación con este punto, se dan otros problemas que se agudizan de modo especial en Internet por su facilidad divulgativa:

La difusión de Internet también plantea otras muchas cuestiones éticas concernientes a asuntos como la privacidad, la seguridad y confidencialidad de los datos, el derecho y la ley de propiedad intelectual, la pornografía, los sitios cargados de odio, la propagación de rumores y difamaciones disfrazados de noticias, y muchos más²⁹.

Señalemos ágilmente otros peligros. Uno consiste en la difusión de una mentalidad de consumo aplicada al ámbito intelectual: el internauta se acostumbra a tomar lo que le gusta y a dejar de lado lo que le incomoda, sin preocuparse por el criterio base de todo discernimiento que radica en la búsqueda y el amor hacia la verdad³⁰. Este peligro se relaciona con la difusión de una mentalidad relativista, para la cual todas las posiciones tienen el mismo valor, por lo que se renuncia al trabajo exigente pero necesario que lleva a discernir y separar lo verdadero de lo falso³¹. Otro peligro se da si las personas se encierran en Internet y no llegan a establecer relaciones interpersonales ni a participar en la vida comunitaria, cuando la Red debería llevar a las personas desde el ciberespacio a la comunidad³². Si no se afronta con realismo este riesgo, puede llegarse a una situación en la que Internet, en vez de unir a las personas, las aleje y las aisle:

El “web” del futuro, en lugar de ser una comunidad global, ¿podría convertirse en una vasta y fragmentada red de personas aisladas -abejas humanas en sus celdas-, que interactúan con datos y no directamente unos con otros? ¿Qué sería de la solidaridad, o qué sería del amor, en un mundo como ese?³³.

cuanto sea posible, han de esforzarse en obtener las noticias más recientes, de modo que sean ellos quienes se adelanten a dar la información y la den más exacta”.

²⁹ *Ética en Internet*, n. 6. Respecto del odio y de la propagación de rumores y difamaciones, podemos señalar que abundan en Internet páginas y textos hostiles hacia la Iglesia (cf. *Iglesia e Internet*, n. 8).

³⁰ Cf. *Iglesia e Internet*, n. 9.

³¹ Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales* 2002, n. 4.

³² Cf. *Iglesia e Internet*, n. 9; BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales* 2011.

³³ *Ética en las comunicaciones sociales*, n. 29. Con frecuencia se cita, aplicado a Internet, una frase atribuida al empresario italiano Michele Norsa y que avisa ante un peligro paradójico: “la tecnología nos acerca a los lejanos y nos distancia de los cercanos”.

Por lo que acabamos de ver, la Iglesia es consciente tanto de los puntos positivos como de los riesgos y elementos negativos que son propios de los medios de comunicación (en general), y que se dan, con aspectos nuevos, también en el mundo de la Red mundial. Tener presentes estos dos polos, el positivo y el negativo, permite abordar el siguiente punto: ¿qué criterios éticos son aplicables a la hora de usar Internet?

4. Algunos criterios éticos

El uso correcto de los medios de comunicación social es posible, como ya vimos, desde un buen estudio de los mismos y desde el conocimiento y la aplicación de las normas de orden moral³⁴. En otras palabras, no se trata de establecer nuevos criterios éticos, sino de conocer los criterios éticos generales y de aplicarlos a los nuevos ámbitos y circunstancias³⁵, con una atención particular a las características propias de Internet: su rapidez, su velocidad de difusión, y su alcance potencialmente universal.

El criterio fundamental que guía las distintas aplicaciones está en el reconocimiento de la centralidad de la persona humana, que es el agente y el destinatario de todo lo que ocurre en el mundo de la comunicación: “Como sucede con otros medios de comunicación, la persona y la comunidad de personas son el centro de la valoración ética de Internet”³⁶.

Puesto que el ser humano está constitutivamente abierto hacia la verdad, existe un derecho a la información, que será correcta si es verdadera e íntegra³⁷. Este derecho exige, además, que la información sea asequible a todos, y que exista una diversidad de fuentes de información para que las personas tengan la posibilidad de valorarlas y de elegir las mejores³⁸, lo cual resulta especialmente posible gracias a las muchas iniciativas informativas que se hacen presentes en Internet, y que compiten seriamente con los medios tradicionales (prensa, radio, televisión).

Por eso, junto al derecho a la información existe el deber de los “lectores” (de los internautas) de escoger aquello que sobresale en virtud, ciencia y arte, y de evitar “lo que pueda ser causa u ocasión de daño espiritual, lo que pueda poner en peligro a otros por su mal ejemplo, o lo que dificulte las informaciones buenas y promueva las malas”. Hay que ser conscientes,

³⁴ Cf. *Inter mirifica*, n. 4.

³⁵ Cf. *Ética en las comunicaciones sociales*, n. 28.

³⁶ *Ética en Internet*, n. 3.

³⁷ Cf. *Inter mirifica*, n. 5; *Communio et progressio*, n. 17.

³⁸ Cf. *Communio et progressio*, nn. 33-43.

además, de que los medios pueden desvirtuarse “cuando se colabora con empresarios que manejan estos medios con móviles exclusivamente económicos”³⁹.

Quienes producen y difunden material de diverso tipo en los medios y en Internet no pueden olvidar que mientras informan pueden dirigir, para bien o para mal, el modo de actuar de otras personas. Ello significa que un criterio básico a la hora de valorar las informaciones que se van a publicar consiste en preguntarnos si contribuyen o no a salvaguardar y fomentar el bien común⁴⁰. Esto vale también en lo que se refiere al respeto y tutela de la buena fama de las personas y de sus derechos, así como la no publicación de secretos “si lo exigen las necesidades o circunstancias del cargo o el bien público”⁴¹.

Aquí se hace necesario aludir a un tema complejo: ¿qué deberes tienen las autoridades civiles hacia los medios de comunicación social y hacia Internet? En el decreto *Inter mirifica* se dan una serie de indicaciones importantes: las autoridades deben velar por una verdadera y justa libertad de información; “fomentar la religión, la cultura, las bellas artes”; defender a los destinatarios; ayudar a iniciativas, sobre todo las provechosas para los jóvenes; procurar con leyes “que el mal uso de estos medios no desencadene graves peligros para las costumbres públicas y el progreso de la sociedad”⁴². Elaborar leyes orientadas a estos fines nos lleva a reconocer la “dialéctica” que existe entre libertad de información y de expresión, por un lado, mientras que por otro existe el deber de evitar (a través de una censura bien entendida) que escritos o material de diverso tipo dañen la buena fama o la privacidad de las personas, o pongan en peligro bienes fundamentales para la convivencia.

Por lo que se refiere al primer polo apenas mencionado, el de la libertad de expresión, se hace necesario reconocer que con ella es posible ofrecer las propias opiniones, pero siempre en el marco de los límites de la honestidad y del bien común⁴³. Existen, sin embargo, situaciones en las que no habría ningún derecho a la libre información:

³⁹ Los dos textos apenas citados proceden de *Inter mirifica*, n. 9.

⁴⁰ Cf. *Inter mirifica*, n. 11; *Communio et progressio*, n. 16.

⁴¹ *Communio et progressio*, n. 42.

⁴² Cf. *Inter mirifica*, n. 12.

⁴³ Cf. *Communio et progressio*, nn. 24 (que cita *Gaudium et spes*, n. 59), 44-47, 116-117; *Iglesia e Internet*, n. 12 (que ofrece una decidida condena de los sistemas totalitarios y de los costos en las democracias que limitan el acceso a Internet).

Se dan casos obvios en los que no existe ningún derecho a comunicar, por ejemplo el de la difamación y la calumnia, el de los mensajes que pretenden fomentar el odio y el conflicto entre las personas y los grupos, la obscenidad y la pornografía, y las descripciones morbosas de la violencia. Es evidente también que la libre expresión debería atenerse siempre a principios como la verdad, la honradez y el respeto a la vida privada⁴⁴.

En este contexto hace falta reconocer la existencia de un deber de rectificar cuando se ha ofrecido una información errada, deber que también implica dejar abiertos espacios para que las personas puedan hacer oír su voz, responder, apoyar o rectificar las informaciones ofrecidas por otros⁴⁵. Todo ello es posible desde la honestidad por parte de quienes presentan cualquier información o dato al público, y desde la actitud protagónica de quienes son receptores de lo que se expone en los medios tradicionales o en Internet:

Los receptores serán realmente parte activa, si interpretan rectamente las noticias presentadas, juzgándolas y ponderándolas según su fuente y contexto; si las escogen con prudencia y diligencia y un espíritu crítico exigente; si en los casos necesarios completan la información recibida con datos adquiridos de otras fuentes; si no dudan de manifestar con franqueza su asentimiento, sus reservas o su abierta desaprobación⁴⁶.

Lo que acabamos de decir da algunas pistas para el segundo polo, el de la censura, que tan mala aceptación tiene pero que se hace necesaria por motivos de convivencia; muchos países prohíben, por ejemplo, la publicación y difusión de ideas racistas en los medios de comunicación. Si bien lo mejor es la autoreglamentación, es decir, esa actitud de honestidad por la cual uno mismo decide no publicar material inconveniente, también hay que intervenir con leyes concretas que se “opongan a las palabras de odio, a la difamación, al fraude, a la pornografía infantil, a la pornografía en general, y a otras desviaciones”⁴⁷.

Un deber moral que afecta a todos, especialmente a los padres, consiste en ayudar y educar a los niños y jóvenes (también a los adultos) en el buen uso de los medios de comunicación⁴⁸. Como parte de esta tarea, los padres están llamados a vigilar “para que los espectáculos, las lecturas y cosas si-

⁴⁴ *Ética en las comunicaciones sociales*, n. 23.

⁴⁵ Cf. *Communio et progressio*, nn. 41, 81-83.

⁴⁶ *Communio et progressio*, n. 82.

⁴⁷ *Ética en Internet*, n. 16.

⁴⁸ Cf. *Inter mirifica*, n. 10; *Communio et progressio*, nn. 65-70.

milares que sean contrarias a la fe o las costumbres no traspasen el umbral de su hogar ni vayan sus hijos a buscarlos en otra parte”⁴⁹. Resulta, igualmente, “muy útil que los padres y educadores sigan las emisiones, películas, publicaciones que más atraen a los jóvenes, y de las cuales, después, podrán discutir con ellos y despertar y educar su sentido crítico”⁵⁰.

Lo anterior se aplica de modo particular a Internet, donde los hijos pueden “perdersé” a la hora de navegar. Junto al peligro de que los hijos empleen un tiempo excesivo en la Red, encontramos serias amenazas que surgen del hecho de que Internet permite un acceso casi ilimitado a contenidos inadecuados, al engaño, al bulismo (agresiones e insultos por parte de otros), o a peligros mayores. Por eso es recomendable que los padres establezcan un horario para el acceso a Internet, que tengan la computadora (o los distintos y novedosos dispositivos que permiten el acceso a la Red) en un lugar visible, que sepan usar un buen programa de filtro, entre otras medidas que pueden adoptarse⁵¹. Al respecto, en *Ética en Internet* leemos lo siguiente:

En lo que a Internet se refiere, a menudo los niños y los jóvenes están más familiarizados con él que sus padres, pero éstos tienen la grave obligación de guiar y supervisar a sus hijos en su uso. Si esto implica aprender más sobre Internet de lo que han aprendido hasta ahora, será algo muy positivo. La supervisión de los padres debería incluir el uso de un filtro tecnológico en los ordenadores accesibles a los niños, cuando sea económica y técnicamente factible, para protegerlos lo más posible de la pornografía, de los depredadores sexuales y de otras amenazas. No debería permitírseles la exposición sin supervisión a Internet. Los padres y los hijos deberían discutir juntos lo que se ve y experimenta en el ciberespacio. También es útil compartir con otras familias que tienen los mismos valores y preocupaciones. Aquí, el deber fundamental de los padres consiste en ayudar a sus hijos a llegar a ser usuarios juiciosos y responsables de Internet, y no adictos a ella, que se alejan del contacto con sus coetáneos y con la naturaleza⁵².

Entre otras consideraciones éticas que se pueden hacer, quedan dos puntos relativos a los portales católicos de Internet y a las intervenciones concretas de los bautizados en los muchos espacios de participación dispo-

⁴⁹ *Inter mirifica*, n. 10.

⁵⁰ *Communio et progressio*, n. 68.

⁵¹ Cf. *Iglesia e Internet*, n. 11.

⁵² *Ética en Internet*, n. 16; cf. también BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales* 2007.

nibles gracias a Internet (blogs, redes sociales, páginas que acogen comentarios de los internautas).

Sobre el primer punto, la Iglesia nota que existe una inflación de sitios (páginas) de Internet que se autodenominan “católicas” y que ofrecen ideas de todo tipo, además de modos de actuación que no siempre corresponden a las reglas básicas de convivencia y de caridad cristiana⁵³. Ante esta situación, podemos tener presentes estas indicaciones:

Como hemos visto, un aspecto especial de Internet concierne a la proliferación, a veces confusa, de sitios web no oficiales que se definen “católicos”. Con respecto al material de índole catequética o específicamente doctrinal, podría ser útil un sistema de certificación voluntaria a nivel local y nacional bajo la supervisión de representantes del Magisterio. No se trata de censura, sino de ofrecer a los usuarios de Internet una guía segura sobre lo que expresa la posición auténtica de la Iglesia⁵⁴.

Respecto al segundo punto (las publicaciones que hacen los bautizados) es oportuno señalar que los especialistas y quienes tienen la tarea de enseñar la fe a los fieles han de prestar atención para que no se divulguen investigaciones o propuestas “de frontera” elaboradas por los estudiosos como si fuesen doctrina católica, cuando hay ocasiones en las que conviene esperar el juicio de los pastores sobre las ideas afrontadas en tales investigaciones. Por lo mismo, se hace necesario educar en un sano espíritu crítico a los receptores, para que no den por “católica” cualquier idea que encuentran en Internet, aunque sea presentada por personas conocidas por su nivel intelectual⁵⁵. Salvando las distancias que hay que salvar, lo anterior se aplica para cualquier otro tipo de participación de los bautizados en los millones de páginas de Internet: muchos intervendrán desde la verdadera fe católica, pero muchos otros lo harán desde ideas personales que no corresponden, por desgracia, a la verdadera doctrina de la Iglesia.

Podemos cerrar estas breves alusiones sobre la ética respecto de Internet con una hermosa síntesis en la que se aplican las virtudes cardinales a los inmensos horizontes del mundo digital⁵⁶. En primer lugar, hace falta prudencia, “para ver claramente las implicaciones -el potencial para el bien y para el mal- de este nuevo medio y responder creativamente a sus desafíos y oportunidades”. En segundo lugar, hay que recurrir a la justicia, “espe-

⁵³ Cf. *Iglesia e Internet*, n. 8.

⁵⁴ *Iglesia e Internet*, n. 11.

⁵⁵ Cf. *Communio et progressio*, n. 118.

⁵⁶ El texto está tomado de *Iglesia e Internet*, n. 12.

cialmente justicia en el trabajo de cerrar la brecha digital, la separación entre ricos y pobres en información en el mundo actual”, a través de una auténtica “globalización de la solidaridad”. En tercer lugar, es necesaria la fortaleza, con la que resulta posible “defender la verdad frente al relativismo religioso y moral, el altruismo y la generosidad frente al consumismo individualista, y la decencia frente a la sensualidad y el pecado”. Por último, hace falta “templanza, autodisciplina ante este formidable instrumento tecnológico que es Internet, para usarlo con sabiduría y exclusivamente para el bien”⁵⁷.

Conclusión

En distintos mensajes publicados por Juan Pablo II y por Benedicto XVI para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales queda patente la solicitud y el interés de la Iglesia hacia los cambios que surgen a partir de la irrupción de Internet en muchos ambientes sociales⁵⁸.

El mundo digital está ante nosotros, como un territorio inmenso que promueve el intercambio de informaciones y el encuentro entre las personas, y que deja amplios espacios al diálogo. Las enormes posibilidades interpelan nuestra fe católica, que es por su misma naturaleza misionera, pues la verdad no puede quedar encerrada en la propia vida, sino que nos impulsa a la condivisione.

Desde un adecuado conocimiento de Internet, pero sobre todo desde una fe viva y un estudio serio y cordial de la doctrina católica, los bautizados estamos llamados a lanzarnos al mundo cibernético, conscientes de los peligros que encontraremos, pero llenos de esperanza ante las posibilidades de bien que se ofrecen en este rico y casi universal areópago moderno.

⁵⁷ Sobre el tema de la solidaridad, cf. también *Ética en Internet*, nn. 3-5, 11, 13-15, 17.

⁵⁸ Basta simplemente con evocar algunos títulos de esos mensajes: *“Proclamar desde los terrados”*: *el Evangelio en la era de la comunicación global* (2001); *Internet: un nuevo foro para la proclamación del Evangelio* (2002); *Los medios en la familia: un riesgo y una riqueza* (2004); *Los niños y los medios de comunicación social: un reto para la educación* (2007); *Nuevas tecnologías, nuevas relaciones. Promover una cultura de respeto, de diálogo, de amistad* (2009); *El sacerdote y la pastoral en el mundo digital: los nuevos medios al servicio de la Palabra* (2010); *Verdad, anuncio y autenticidad de vida en la era digital* (2011). Además, hemos de recordar distintos documentos citados a lo largo de este trabajo, entre los que destacan dos del Pontificio Consejo para las comunicaciones sociales: *Iglesia e Internet*, y *Ética en Internet* (ambos publicados el año 2002).